

CARTA DEL DIRECTOR

Queridos amigos: Muchos os habréis enterado por la prensa de la reciente publicación del libro Jóvenes 2000 y religión. Es el último en la serie de los cinco informes sobre la juventud que, desde 1984, ha promovido la Fundación Santa María, de los religiosos Marianistas. De los cuatro estudios que integran la obra —“La religiosidad de los jóvenes: creencias, ritos y comunidad”, de Juan González Anleo; “La socialización religiosa de los jóvenes”, de Pedro González Blasco; “Los jóvenes y la vocación a la vida consagrada”, de Javier Elzo; y “Jóvenes y religión: una revisión histórica de los estudios españoles desde 1939 al 2000”, de Francisco Carmona—, me parece particularmente digna de ser destacada esta última colaboración. Primero, porque la perspectiva cronológica permite al autor presentar el cambio en la religiosidad juvenil como un proceso. Y, en segundo lugar, porque, el autor encuadra la interpretación de los datos estadísticos en el contexto sociopolítico y eclesial español a lo largo de las diferentes fases del período estudiado.

Por lo general, las cifras estadísticas reflejan lo que capta a bote pronto la percepción espontánea de cualquier persona medianamente sensible ante la evolución del colectivo sometido a estudio: en el caso que nos ocupa, un descenso progresivo y rápido de las creencias, actitudes y comportamientos de índole religiosa en el universo juvenil español. Ya de entrada, las primeras líneas de la aportación de Francisco Carmona ofrecen esta breve síntesis del panorama: “La relación actual de los jóvenes con la Iglesia católica no es buena. Un joven de cada

tres se identifica como católico practicante y uno de cada diez dice que asiste a misa el domingo. Peor aún, la Iglesia es la institución pública en que menos confían y la que más rechazo suscita. Acaso el lector piense que ésta es la opinión de los jóvenes alejados de la Iglesia, pero resulta que tampoco goza de mucho prestigio entre sus miembros más cercanos, es decir, entre los jóvenes que se identifican como católicos practicantes. Entre éstos, sólo uno de entre diez cree que la Iglesia oferta ideas y valores válidos para orientarse en la vida y muchos de ellos tienen un mal recuerdo de los ambientes de Iglesia”.

Mi amistad con Francisco Carmona, profesor de la Universidad de Granada, me otorgó el privilegio de poder leer, meses antes de que saliera publicado en letra impresa, el texto digitalizado de su aportación, del que me hizo entrega en una conversación veraniega, sostenida el año pasado en el jardín de uno de los claustros del Centro Borja, de los jesuitas de Sant Cugat del Vallés. En aquel encuentro, los comentarios giraron también en torno a la intervención del profesor granadino en la X Semana Andaluza de Teología (“Peregrinos en la búsqueda y construcción de una Iglesia plural”, Málaga, 2000, autoedición, ps. 35-71), donde aparecían ya líneas de interpretación retomadas ahora en el estudio a que me vengo refiriendo. Por mi parte, en la lectura del original ahora publicado me produjo un particular impacto la descripción del contexto civil y eclesiástico en que se inserta la evolución de la religiosidad juvenil en el curso de los tres períodos en que aparece dividido el texto: el primer franquismo (1939-1960), los años del cambio (1961-1982) y la España democrática (1982-1999). Más que una simple narración histórica, es la presentación documentada, lúcida, tensa y trepidante de un drama en tres actos.

El punto de arranque es la situación de la Iglesia en el período posterior a la guerra civil. En un país lacerado por la experiencia de la confrontación fratricida, se quiso aprovechar la victoria del bando franquista para reimplantar el modelo de Iglesia de cristiandad, por el que la Iglesia en nuestro país luchó denodadamente en el siglo XIX y en gran parte del XX. El

nudo del drama reside en la progresiva aparición de sectores minoritarios de fieles cada vez más conscientes de que la opción por aquel modelo de Iglesia había cerrado en falso el problema de implantarse en una sociedad profundamente dividida. Por otra parte, la Iglesia hipotecada al franquismo se había manifestado incapaz de dar respuesta a los cambios de gran calado experimentados por la población a partir de los años sesenta del pasado siglo: el desarrollo económico, los movimientos migratorios interiores y hacia el exterior, y las novedades en la estructuración de las relaciones entre las clases sociales y en el papel que iba asumiendo la mujer. Además, se ponía en contradicción con el *aggiornamento* promovido por el concilio Vaticano II (1962-1965), que entre nosotros llegó a concretarse incluso en relevos significativos en la cúpula episcopal española. El punto culminante del drama apareció con la Asamblea Conjunta de obispos y sacerdotes (1971), que —recuerda Carmona— “fue abortada desde dentro de la Iglesia española, con la anuencia de Roma y a pesar de la apuesta personal de Pablo VI a favor de ella”.

El desenlace del drama presenta tintes de tragedia. El modelo de Iglesia de cristiandad había funcionado en el marco de una sociedad tradicional, con una población mayoritariamente rural, en que “la religión era la institución rectora de la realidad y los papeles de ciudadano y de fiel se solapaban y confundían”. El elemento trágico aparece sobre todo a partir de la década de los ochenta cuando, en medio de una sociedad como la española, transformada económicamente, culturalmente plural y estructurada políticamente en un Estado laico, toma cuerpo en una buena parte de los más altos representantes de la Iglesia la tentativa de recuperar para la institución eclesiástica la situación y el papel social que representó como Iglesia de cristiandad. Sin el soporte del mundo rural y campesino, que hasta muy entrado el siglo XX venía a abarcar en torno a dos tercios de la población, el propósito de actuar en nuestros días con actitudes inspiradas en aquel modelo eclesiástico ha impedido a la Iglesia conectar con las aspiraciones y valores de los

destinatarios de la evangelización en un mundo radicalmente cambiado, la ha incapacitado para diseñar un proyecto “capaz de integrar en su seno los diferentes grupos, subculturas y mentalidades que reclaman como propia la identidad católica en España”, y la ha impulsado a asumir “los rasgos socioculturales, mentalidad y actitudes propios de las sectas”.

¿No es trágico que la defensa de la integridad de la fe católica y de la Iglesia pueda desembocar en un resultado —no buscado, desde luego— que presenta características sociológicas de sectarización, tan distantes respecto del objetivo inicialmente pretendido? Ésta es la tragedia que se intuye en el análisis que Carmona hace del Plan pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2002-2005 y que se percibe en ciertos puntos de documentos más cercanos, emitidos en el entorno de la misma institución, como el Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España o la más reciente nota de su Comité Ejecutivo En favor del verdadero matrimonio, sobre el compromiso del actual gobierno del Estado de ofrecer cauces legales por los que se identifiquen y regulen las parejas homosexuales, y sobre el deber de los parlamentarios católicos “de expresar clara y públicamente su desacuerdo y votar contra el [futuro] proyecto de ley”.

Un diagnóstico, por lúcido y acertado que sea, no incluye de por sí un tratamiento terapéutico, aunque lo reclame implícitamente a quien corresponda. En cualquier caso, no hace falta insistir en que las aportaciones publicadas por los cuatro sociólogos en el libro Jóvenes 2000 y religión no se proponen sobrepasar los límites de la observación, hecha con el rigor exigido por su especialidad científica.

Por mi parte, me tomo la libertad de añadir unas consideraciones acerca de la sensación de impotencia y desánimo que la tragedia descrita genera en muchos cristianos. Formularé esas consideraciones a partir de unas recientes vivencias personales.

La Iglesia de Barcelona acaba de verse sometida a una parcelación que tiene todos los visos de haber sido dictada mayormente para dar satisfacción a aquellas partes interesadas con

capacidad de hacerse presentes en los centros del poder del Vaticano, una de las cuales no ha cesado de presentar la comunidad diocesana ante Roma como afectada por una crisis "a la holandesa". Desde mi posición totalmente subalterna y marginal en este asunto, queda absolutamente fuera de mi alcance llegar a imaginar no sólo un proyecto de estrategia global viable en la situación creada, sino ni siquiera un diagnóstico riguroso, por falta de datos comprobables. Pero nadie puede oponerse a que, en las celebraciones de los bautizos, en los funerales, en las visitas a los enfermos, en los contactos con la gente del barrio y en las reuniones con el grupo de creyentes más cercanos, me esfuerce por manifestarme y actuar teniendo muy presentes las condiciones de nuestro contorno social y tratando de reflejar las formas en que los que integramos nuestra comunidad cristiana vamos perseverando en la fe. Este planteamiento no es una espantada, porque no me desvincula de los problemas globales de la Iglesia. Más bien me mantiene inserto en unos dinamismos de fe y evangelización que, en todo caso, son fundamentales en la vida eclesial. Por lo demás, tampoco nadie puede impedirme soñar en que llegarán tiempos mejores. Aunque en realidad puede ocurrir que, como reza aquella ley general esgrimida por un padre espiritual astuto, "toda situación, por desesperada y sin salida que parecer pudiera, es siempre susceptible de un empeoramiento".

* * *

¿Qué son los evangelios y cómo leerlos para acceder a la experiencia de fe en Jesús contenida en ellos?, es el interrogante que motiva este número de FRONTERA. En el "Tema Central", CARMEN BERNABÉ UBIETA responde a la primera cuestión con un acercamiento a la complejidad de los evangelios, a su origen y fases de formación, y a la visión creyente de aquellas comunidades que en los primeros tiempos del cristianismo al reflexionar sobre "quién es Jesús" y asumir su "buena noticia" hecha vida en momentos difíciles para cada una de ellas, se propusieron la redacción de los cuatro evangelios.

Si, pues, éstos no fueron escritos pensando en las comunidades de hoy día, sino en los primeros cristianos para sostener, animar y orientar su fe, ¿cómo hacer una lectura creyente y actualizada de los evangelios de modo que sea posible sentirse realmente aludidos, reflejados, identificados, interpelados por ellos? Las pautas pedagógicas que presenta CARLOS GIL ARBIOL en continuidad con el discurso de Carmen Bernabé, salen al paso de esa dificultad, a sabiendas de no tratarse de un modelo absoluto y perfecto.

El texto de MARCEL LÉGAUT insiste en los distintos niveles que se dan en la lectura de los evangelios, para detenerse en esa forma de leerlos que descubre lo que de verdaderamente universal y de una novedad extraordinaria hay en Jesús: su descubrimiento de la grandeza del ser humano y una nueva concepción de Dios. Un nivel de lectura, por tanto, que confiere vigor personal a la realidad que todo cristiano debe vivir para ser fiel.

También JUAN J. TAMAYO presenta unas interesantes sugerencias bibliográficas sobre el Jesús histórico: la persona, su actividad, su tiempo, las fuentes para acceder a su conocimiento. Un buen apoyo, en suma, para una correcta lectura y comprensión de los evangelios.

En otras secciones de la revista JOSÉ LUIS ANDAVERT y CASIANO FLORISTÁN comentan cómo se lee la Biblia en las iglesias protestantes y en la liturgia dominical católica, respectivamente. Y FEDERICO PASTOR muestra una panorámica actual de las traducciones de la Biblia al castellano.

Completa el número las “confesiones” de un teólogo (JUAN BOSCH), una presentación de la “Cátedra Tres Religiones” de la Universidad de Valencia (MARCIAL MARTÍNEZ), la reflexión sobre la presencia de la religión en la escuela (MARC ANTONI ADELL) y sobre el deshumanizador sentimiento de venganza (LORENZO TORRENTE), y el relato de la pastoral de confirmaciones de una parroquia madrileña (ENRIQUE DE LA FUENTE), junto a las acostumbradas reseñas de libros, música y cine.

Casimir Martí